

consonni

June Fernández

Sueños y vasijas

Análisis feministas en torno a la gestación
por sustitución



Sueños y vasijas

June Fernández Casete (Bilbao, 1984) es periodista feminista y agitadora queer. Cofundó la revista *Pikara Magazine* en 2010, y trabajó en su coordinación durante una década. Actualmente es comunicadora autónoma y colabora especialmente con *Pikara* y la revista vasca *Argia*, así como con la asociación de mujeres gitanas de Euskadi, AMUGE.

Ha publicado los siguientes libros, centrados todos ellos en las disidencias sexuales y en las resistencias (trans)feministas: *10 in-gobernables* (Libros del K.O., 2016), *Abrir el melón* (Libros del K.O., 2020), *La tribu de las amatxus bollo* (Histeria kolektiboa, 2022) y *Mariokerrak* (Txalaparta, 2023). Este último, escrito junto a Amaia Álvarez Uria, es la adaptación del proyecto *Nola esan/izan bollera euskaraz* (Cómo decir/ser bollera en euskera), creado por encargo de Zinegoak. También ha coordinado junto con Oli Artola Apeztegia el proyecto transmedia *Bizi*, sobre bisexualidad y euskera. *Sueños y vasijas* (consonni, 2024) es su último libro, publicado originalmente en euskera como *Aingeruak eta neskameak* (Susa, 2024).



Sueños y vasijas

Análisis feministas en torno a la gestación por
sustitución

June Fernández

consonni

Punto de partida

Me obsesionan los debates polarizados.

Cuba. La prostitución. El conflicto político vasco.

Reviso mis convicciones hasta el infinito. Me siento más cómoda en esa incomodidad perpetua que en un marco de «nosotres» versus «les otros». Me interesan las contradicciones, las dudas, los puentes, las rupturas. Me podrán reprochar equidistancia, relativismo, tibieza. Está bien, prefiero asumir esos riesgos que caer en el sectarismo.

A menudo me siento fuera de tiesto: demasiado *borroka* en mi familia *maqueta*; demasiado española en ambientes *abertzales*. Encontré a gente de mi especie en La Habana, militantes de izquierda crítica, demasiado disidentes como para defender el castrismo, y demasiado socialistas como para identificarse con la oposición de Miami.

Me pregunto cuál será el origen de esa tendencia: ¿será porque soy bisexual?, ¿porque mis padres se divorciaron cuando era pequeña?, ¿o tal vez porque me rigen Sagitario y Géminis, dos signos mutables? A saber.

El caso es que he añadido el tema de la gestación por sustitución a mi lista de obsesiones políticas. Diría que empecé a darle vueltas al tema cuando Andrea Momoitio hizo un reportaje para *Pikara Magazine* en 2016 y me compartió sus dilemas. Desde entonces, yo también he escrito unos cuantos reportajes, entrevistas y artículos de opinión, pero sigo perdida en el laberinto, sin poder hallar el camino correcto. Es fácil tener una posición moral y política contraria a los llamados vientres de alquiler, pero resulta mucho más difícil encontrar una solución viable a este fenómeno globalizado.

Son nuestros hijos versus No somos vasijas.

Me siento lejos de unos y de otras.

No creo que ser madre o padre sea un derecho.

No creo que todas las gestantes (ni tan siquiera la mayoría) sean víctimas de explotación.

Soy muy crítica con la industria de la fertilidad.

Soy muy crítica con el feminismo abolicionista.

* * *

En 2016 también asistí a la charla de la socióloga Sara Lafuente Funes en la Escuela de Empoderamiento de Basauri. Nos hizo tomar conciencia de que, más que abordar de manera aislada el debate de la gestación por sustitución, debemos entenderlo dentro de un análisis crítico más amplio sobre los mercados reproductivos.

En aquella época empecé a dar pasos para materializar mi deseo materno en pareja bollera. Probamos tres vías: la inseminación en casa, comprando el semen por internet; la sanidad pública, en la

unidad de reproducción humana del hospital de Cruces; y la clínica privada. Esta experiencia personal estimuló mi interés periodístico hacia la reproducción asistida. Empecé por plasmar en el reportaje «Relájate y llegará» el desgaste físico, psicológico y emocional que supone para muchas.

Varias de mis amigas habían cursado el Máster en Estudios Feministas de la Universidad del País Vasco, y coincidieron en elogiar el módulo de la profesora de derecho civil Itziar Alkorta Idiákez, por cómo abordaba los conflictos bioéticos y jurídicos en torno a las donaciones de óvulos y la gestación por sustitución. Más tarde, tuve la oportunidad de compartir con ella varias mesas redondas, y escuchándola comprendí los quebraderos de cabeza que implica regular la gestación por sustitución. ¿Habrà alguna fórmula que permita defender los derechos de las mujeres y de los niños, respetar la autonomía corporal y que no implique criminalizar a las familias?

A medida que comprendía la complejidad del tema, me chirriaba más el discurso de iniciativas abolicionistas como Stop Vientres de Alquiler. Por ejemplo, en el lema «no compres bebés, adopta» percibí una actitud totalmente acrítica hacia el sistema de adopciones, justo en una época en la que voces de feministas racializadas señalaban las lógicas racistas, coloniales, clasistas y sexistas que también se dan en este.

En 2017, el Centro de Documentación Maite Albiz, la consultoría Sortzen, las asociaciones Mujeres con Voz y FeministAlde organizaron en Bilbao unas jornadas feministas sobre gestación subrogada. Me sorprendió el discurso de la investigadora Beatriz San Román: después de entrevistar a gestantes indias, abogaba por la modalidad comercial frente a la altruista, por entender que las mujeres tenían mayor capacidad para defender sus derechos cuando se les reconocía el estatus de trabajadoras.

Al día siguiente intervinimos varias feministas de Bilbao (en mi caso, como integrante de Sare Lesbianista). Me influyó espe-

cialmente la aportación de Norma Vázquez, psicóloga de origen mexicano, quien señaló el eurocentrismo y blanquitud del discurso contra los vientres de alquiler.

Concluí que, como en el debate de la prostitución, prefería identificar problemas de fondo a posicionarme dentro del dualismo legalización/aboliición. Así lo hice en el artículo que publiqué en el-diario.es: «Cuatro retos sociales ligados al debate sobre la gestación subrogada». Me referí a los factores que provocan el retraso de la edad en la que intentamos reproducirnos, las luces y sombras del sistema de adopciones, las trabas jurídico-administrativas con que topan los modelos familiares alternativos y al rol de la industria de la reproducción asistida.

Me quedé embarazada en 2019, en el sexto intento por inseminación artificial. Me sumergí en el universo de los partos respetados, la psicología perinatal y la crianza con apego. Cuando nació mi hija, reflexioné sobre que mi perspectiva feminista era muy adultocéntrica; que no ponía los derechos de la infancia en el centro cuando pensaba todo tipo de temas, incluida la gestación por sustitución.

Le confesé a Alkorta que la maternidad me estaba llevando a sentir un rechazo mayor hacia la gestación por sustitución, más visceral que racional. Me contestó: «Este tema es muy experiencial. Todos los argumentos son válidos, tanto los que nos salen de la cabeza como los que nos salen de las tripas».

Pensé en escribir un libro periodístico sobre la industria de la fertilidad. Como primer paso, en 2021 publiqué un reportaje sobre turismo reproductivo en la *Revista 5W*. Pero ese año se publicó el ensayo de Sara Lafuente Funes *Mercados reproductivos*, y descubrí también un libro de periodismo de Júlia Bacardit sobre la venta de óvulos: *El precio de ser madre*. Entonces guardé mi proyecto en el cajón, hasta que descubrí la colección de ensayo feminista LISIPE de la editorial Susa y visualicé esta contribución: un libro para (re) pensar de forma colectiva la gestación por sustitución.

* * *

Me puse manos a la obra en la primavera de 2023, y una entrevistada me avisó de que en julio iba a celebrarse en Bilbao el I Congreso Internacional de Mujeres y Gestación por Sustitución, organizado por Son Nuestros Hijos, la asociación vasca Gure Umeen Ametsak (significa «Los sueños de nuestras criaturas») y la Asociación por la Gestación Subrogada en España, junto a RedLibre de investigadores en tecnologías reproductivas. Me referiré a él a lo largo del libro como «el congreso de Bilbao».

Decidí asistir como oyente, grabadora y bloc de notas en mano. El grupo abolicionista Las Criadas y la organización socialista de mujeres Itaita se concentraron en la entrada para denunciar la explotación reproductiva. Euskal Herriko Bilgune Feminista y Eham también difundieron por redes comunicados críticos con los mercados reproductivos.

Otra vez me vi fuera de lugar: era una infiltrada en esa sala del congreso, pero tampoco me veía entre las manifestantes. Demasiado feminista para aplaudir dentro; demasiado posmoderna para gritar fuera.

Bromeé con mis amigas sobre el miedo a que les ponentes me convencieran. Reconozco que aprendí mucho y que las mesas redondas han sido una fuente indispensable para el libro, aunque el congreso tuviera un objetivo proselitista.

Una periodista de Radio Euskadi me llamó entonces para que opinase sobre el tema, en calidad de feminista contraria a los vientres de alquiler. La idea era que debatiera con Gracia Trujillo, investigadora *queer* que participaba como ponente en el congreso y que es una de las pocas feministas conocidas en España que aboga por la legalización de la gestación subrogada. La paradoja es que en 2018 me invitaron a participar en una mesa redonda para defender la gestación por sustitución frente a Pilar Aguilar, feminista abolicionista

(y tránsfoba) española. En ambas ocasiones decliné la invitación y subrayé que mi discurso no cabe en esos esquemas binarios.

Las dos preguntas que más me hace la gente cuando hablo de este proyecto son: «¿Cuál es tu posición?» y «¿Cuál es tu objetivo?». Mi posición es que es un tema demasiado caleidoscópico como para zanjarlo con un par de eslóganes. Mi objetivo es sembrar dudas en quienes tienen una opinión cerrada: explicar a quienes están a favor de la gestación subrogada las críticas feministas, anticapitalistas y anticoloniales; y dar claves a quienes están en contra de los vientres de alquiler para que actualicen y afinen su discurso. Mi objetivo último es defender que es posible (y conveniente) superar esa lógica de polarización. En realidad, me interesa especialmente acompañar a tantas personas que están perdidas en un mar de dudas; aportarles algunas respuestas y muchas más preguntas.

Confieso que también hay un objetivo más egoísta: seguir dando vueltas a un tema que me apasiona intelectual y políticamente.